

A
U
A
A
U
S

UN SUDACA
EN LA CORTE

UN SUDACA EN LA CORTE

HISTORIA DE FANTASMAS

por Daniel Moyano

1

Fue increíble recibir una carta del Rey, prácticamente de su puño y letra, invitándome a la fiesta del cumpleaños de Cervantes en el Palacio de Oriente, donde tendría el placer de saludarme personalmente, etc.. Un honor excesivo, si se piensa que no soy una persona de notarse, ni escritor, apenas un periodista que se especializa en temas relacionados con América del Sur. Esa fiesta tiene el sentido de un homenaje de la Corona a los escritores españoles vivientes, que son llamados cada año, en esas fechas, para compartir una copa con el Rey, pero bueno, parece que me invitaban también a mí porque el ganador del premio "Cervantes" de ese año era un sudamericano como yo. Lo único que se me exigía, como a todo el mundo, era presentarme de traje oscuro.

Para mí era una fiesta el solo hecho de que el Rey me invitara a su palacio. Existían dos situaciones que me aproximaban emotivamente a él. En primer término, qué significa un rey para mí. Lo que pueden sentir los europeos por los reyes, históricamente habituados a ellos, es muy distinto de lo que sentimos los latinoamericanos, que nunca los tuvimos en la realidad pero sí en la fantasía. En los cuentos que escuchamos de niños había reyes, buenos o malos, y aunque acriollados en el hablar (en la voz de las abuelas), eran españoles. Por eso para mí están constituidos por una doble naturaleza, la de la realidad y la de la fantasía, que

es la otra cara o el reverso de la realidad. En segundo lugar, el rey de la realidad, un día aciago de febrero nos había salvado, imponiéndose a los sediciosos, de que éstos, una vez instaurada su dictadura, nos devolvieran a las tiranías del llamado Cono Sur, del que éramos huidos. Y esto para nosotros, no habituados a que perdieran los violentos, era casi también un hecho de la fantasía. De modo que el rey que ahora me invitaba a su palacio era de leyenda tanto en una de sus naturalezas como en la otra, igual que los reyes brotados de la boca de las abuelas a la hora de dormir a los niños.

Ya el funcionario que me trajo la misiva parecía un cartero de la irrealidad. El conserje del edificio donde vivo se asustó al verlo llegar en ese vehículo que parecía sacado del Museo de Carruajes. Podía tratarse de alguien que venía a llevarse en su espacioso vehículo de tracción a sangre todo cuanto encontrara en mi apartamento, es increíble la imaginación que han desarrollado últimamente los "chorizos". Cuando el presunto ladrón preguntó si yo estaba en casa, el portero le pidió que se identificase. "Soy el cartero del Rey", respondió el hombre sin ofenderse ni inmutarse, y mostró unas credenciales llenas de sellos y de lacres. Pero el portero no lo dejó subir y me llamó por el telefonillo: "Aquí hay un señor que pregunta por usted y dice venir de parte del Rey".

El mensajero del rey iba vestido con unas prendas de otros tiempos, pero actuales por su elegancia. Tan elegante,

que uno, cuando él se marchó, no podía recordar cómo iba vestido. Ni decir si llevaba sayo o jubón, calzas o gregüescos. Era un noble por donde se lo viera. Además de su clara mirada, visiblemente oceánica, su porte era algo que permanecía en un increíble equilibrio entre Bartolomé de las Casas y Hernán Cortés. Con uno de sus ojos era el uno, el otro con el otro. "Firme aquí, por favor", dijo rotundo entregándome la carta. Trepado al alto estribo del carruaje, le hizo una seña discreta al cochero. Este, cuando escuchó el ruido de la puerta del vehículo cerrándose, azuzó a los caballos. Que más apropiado sería llamar corceles, por su alzada y su modo de andar propio de los torneos. Unos enormes ejemplares blancos, escapados de un cuadro de Paolo Ucello, que con el nerviosismo de sus cascos sacaban chispas del pavimento.

El atasco en que se metieron antes de llegar a la esquina me permitió subir al trastero, desde cuya ventana era visible casi toda la Cuesta de la Vega, ruta obligada del Cartero del Rey para regresar al Palacio de Oriente. Quería ver otra vez ese vehículo y fijarlo mejor en mi memoria para contárselo a mis nietos cuando los tuviera. Y allá iba, ascendiendo por la cuesta a pleno sol. El cochero, en lo alto del pescante, revoleaba su látigo animando a los corceles. Más que un carruaje, aquello parecía una carabela rumbo a los descubrimientos. Cuando salí del trastero, de golpe recordé que no tenía traje oscuro.

Mi hija, madrileña y veinteañera, se ofreció para acompañarme a comprar un traje como el que exigía el protocolo. Preferí que lo hiciera ella y no la madre, que en asuntos de compra de ropa para mi uso no me permitía ni elecciones ni opiniones. Antes de entrar en la tienda, determinó cuánto debíamos gastar para que la prenda fuese de buena calidad, y me pareció demasiado. El tendero opinó lo mismo, y le dije que no estaba dispuesto a dilapidar esa suma en un traje que usaría una sola vez. El hombre entonces se trepó a una escalera y del estante más alto bajó una caja polvorienta. Se trataba de un traje más barato, oscuro, pero tornasolado. O sea: a plena luz, tenía destellos de otro color, incluso rojizos según observó mi hija. El tendero opinó que si me mantenía alejado de los focos luminosos, cerca de las penumbras, lo del tornasol apenas se notaría. Estuve tentado de decirle que el traje era para ser usado en un palacio repleto de luces, pero callé. Mi hija me advirtió, más con gestos que con palabras, que si lo compraba, mi mujer, en cuanto lo viera, me lo haría devolver. Pero la diferencia de precios era grande, así que me lo probé, me iba muy bien, y cerré el trato. De todos modos, en nuestro dormitorio la luz era muy pobre, y allí me lo probaría ante mi mujer, sin riesgos de destellos peligrosos.

Mi hija me obligó a comprar los complementos necesarios: zapatos que hicieran juego, y unos calcetines de puro hilo

que costaron un ojo de la cara. Conseguí que no compráramos la obligada corbata granate que hiciera juego con el traje oscuro, diciendo que tenía una que apenas había usado, lo cual era verdad. Ya en casa, decidió generosamente no comentarle a su madre el asunto del tornasol, de modo que mantener oculta esa condición dependía solamente de mi habilidad en el manejo de la luz.

Mi mujer repasó los botones y planchó la camisa para que me probase todo. El único problema era la corbata, cuya existencia fue puesta en duda por las dos mujeres hasta que apareció en una caja que estaba en el trastero, con el mismo nudo que le hice en mi país cuando la estrené para un cumpleaños. El nudo fue deshecho para planchar la corbata y hacerlo más arriba, según la nueva moda, pero a pesar de la acción de la plancha las arrugas del nudo volvieron a su sitio y hubo que hacerlo nuevamente donde había estado tantos años. A mí, más que la ropa, lo que me preocupaba era cómo caminar en el palacio, qué palabras elegir para dirigirme al rey y cómo saludarlo. Había visto, en los informativos de la tele, el comportamiento de la gente cuando saludaba al rey. Algunos doblaban un poco las rodillas, otros bajaban la cabeza. Para saludar a la reina, en cambio, amagaban un beso en la mano, que nunca llegaba a destino. Lo hacían con naturalidad, pero yo necesitaría practicarlo: carecía de cultura palaciega, y ya el solo hecho de pasar sin transición de los reyes relatados por la abuela a los de carne y hueso era muy difícil para mí.

Esa tarde, recién duchado y en ropa interior, listo para que las mujeres, que me esperaban en el dormitorio, me ayudaran a vestirme para el ensayo general de sudaca presentándose en la Corte, me miré al espejo medio de soslayo, como con miedo de encontrarme una vez más ridículo. Es un defecto que tengo. A mí el cuerpo humano, quiero decir el de los hombres solamente, aunque se ponga un traje oscuro me parece ridículo al lado de la hermosura del cuerpo de un caballo por ejemplo. En el camino de la evolución, lo que ganamos en inteligencia lo perdimos en garbo.

Y si esto ya de por sí es un lastre yo debo agregar, para el caso específico de mi autorretrato, que con mi presencia agravo considerablemente ese panorama: no me luzco por ser alto y rubio y de bigotitos como los príncipes mentados por la abuela, y soy medio lampiño (los reyes de antes eran todos barbudos, yo jamás hubiera llegado a rey), lampiño como lo eran casi todos los pobladores precolombinos de por allá. Soy medio indio, claro, pese a la cultura europea que me dieron en casa y a las permanencias en distintas ciudades del mundo como corresponsal de diarios sudamericanos. Uno puede llegar a París y expresarse tranquilamente en francés como si nada, pero en mirándose al espejo los rasgos indígenas saltan a la vista, especialmente mi mirada diaguita, que dicen que es muy tímida. Esto acaso desentonara un poco en esos salones del palacio llenos de adornos y tapices, pero, justo es decirlo, en las Europas siempre me favoreció en el campo erótico; los más bellos

ejemplares de hembras nórdicas, y, sin exagerar, hasta walkirias wagnerianas, he visto caer rendidas a mis pies. Pero ahora ante el espejo y en calzoncillos estaba otra vez ridículo, al tiempo que la flía me llamaba desde el dormitorio. En el momento de oír el llamado, una célula cerebral se descolgó del recinto donde dormía para traer al presente, con la velocidad de la luz, el día que me pusieron ese traje marinero de cuello grande para hacer la primera comunión, y los tirones de oreja que me dieron por no quedarme quieto mientras me lo ponían.

Antes de presentarme ante las mujeres tuve la habilidad de aflojar una de las bombillas del salón, por si las moscas. La luz del dormitorio era pobre de por sí, de modo que entré sin preocuparme por lo del tornasol.

Sobre la cama matrimonial estaba desplegado el traje en actitud de espantapájaros junto a la camisa desabotonada, que costó menos que los calcetines. La corbata, con el nudo grande según la moda antigua, se arremolinaba en unos pliegues que le daban un aire de prenda de boutique, que se transmitía al conjunto, donde todo era alegre, salvo los zapatos, que de entrada me dieron mala espina, me parecieron agresivos; en su brillo encharolado había reflejos granates de la corbata, como denunciando o anunciando el brillo tornasol del traje. Todo estaba en su punto, ante la sonrisa aprobatoria de las mujeres, sólo faltaba que yo me metiera adentro de esos trapos vacíos para llevarlos a pasear por calles y palacios.

Y bien, la ceremonia de vestirme fue casi idéntica a la del traje de marinero de la primera comunión, sin tirones de orejas. Conseguido este efecto, la célula cerebral que se había descolgado para recordármelo volvió a su sitio, a seguir durmiendo hasta que volviera a ponerme algún día el traje oscuro.

-Estás guapísimo -dijeron las mujeres.

3

En el salón hice ante ellas el ensayo general del inminente evento. Hallaron que caminaba con las puntas de los pies demasiado abiertas; accedí a hacerlo con los extremos más bien para adentro, total en el palacio caminaría como se me diera la gana. No me costó gran cosa aprender a besar la mano de la reina, por haber integrado un grupo de teatro de aficionados (de pueblo), donde lo hice hasta el cansancio cuando me tocó ser paje en un par de dramas. Con la reverencia al rey no pude. Mientras más ensayaba peor me salía. Mi familia decidió que obviara esta acción, y que en el palacio no lo intentara por nada del mundo si no quería hacer el ridículo. Que le diera la mano simplemente y que con palabras sencillas le agradeciera brevemente la hospitalidad. En cambio aprobaron con entusiasmo mi manera de entrar en el salón real y de salvar la distancia que me separaba del rey, con dignidad y altura. Mi mujer dijo que parecía un maharajá, que no sé qué es.

Pero no advertió lo del tornasol, pese a que un par de veces, en los desplazamientos, por descuido pasé demasiado cerca de una lámpara de pie y el traje oscuro emitió unos destellos ostensibles. Caía a lo largo de mi cuerpo con la precisión de una cascada, las rayas de los pantalones cortaban el aire y morían ante la fineza de los calcetines de hilo puro, holgados pero precisos. Los zapatos seguían no

gustándome, uno de ellos hacía ruido en las curvas, aunque poco perceptible. Pero en los salones reales, con tanta gente hablando, no se notaría.

Tenía la ropa, pero no los términos de tratamiento adecuados para dialogar con un monarca. Mi encuentro con él era, a todas luces, el suceso más importante de mi vida, en adelante ya no habría nada superior a eso en mi horizonte, pero no encontraba las palabras necesarias para iniciar un diálogo. Porque las palabras sanas y sinceras tienen que brotar de los sentimientos, de lo contrario no expresan la verdad. Decirle "majestad", por ejemplo, era una mentira. Además, es una palabra que suena muy feo, como todas las que terminan en "d", tan incómodas de pronunciar. Majestad parece un término útil para mediciones, como Fahrenheit o Richter. Y ni hablar de la palabra monarca, que auditivamente significa algo así como erupción cutánea. Ridículo. ¿Tratarlo de Sire, entonces, como en las novelas francesas? Es más bien una palabra de D'Artagnan. La verdad, lo que a mí me saldría del corazón, de acuerdo con los sucesos emotivos que mencioné al comienzo, sería "hola negro, ¿cómo andái?", según una expresión afectuosa de mi tierra. Pero claro, podía ser mal interpretada. Tampoco podría llamarlo "señor", que es para los ejecutivos, ni menos "amigazo", o "aparcerero", o "cuñao", que son términos gauchescos.

Apenas me quité la ropa me olvidé del asunto. En su momento, si eran honestas, las palabras adecuadas surgirían solas. Me fui a dormir despreocupado, feliz ante la

perspectiva del encuentro, imaginándome cosas gratas. Y lo que más me gustaba era que al día siguiente, que era el de la cita, cuando llamaran a casa por teléfono preguntando por mí, mi hija podría responder como en las novelas o en el Romancero, con toda la naturalidad del mundo: "mi padre fue a palacio". Eso, hasta ese momento, era para mí lo mejor de la invitación.

Soñé con intrigas palaciegas a lo Alejandro Dumas, mucha acción pero sin espadas ni caballos, más bien de tipo televisivo. Yo corría de aquí para allá escondiéndome detrás de los coches para evitar el fuego de los malos, pero por más que me escondiera siempre me encontraban, hasta que descubrí que era por los reflejos tornasolados de mi traje oscuro, que los guiaban hasta mi escondite. Todo eso me sucedía camino de palacio, y no podía evitarlo huyendo de ese sitio, me encontraba allí por estar al servicio de una duquesa que de paso era mi amante. Allí siempre la noche era oscura "como boca de lobo" y el que recibía un golpe o un balazo siempre caía "cuan largo era", no se achicaba o agrandaba ni un milímetro. Desperté sin poder evitar los reflejos del traje ni conocer a la duquesa, no sabía cómo era pese a la intimidad que manteníamos.

4

Alrededor de cuatrocientos escritores se movían a lo cardumen en el patio de armas del palacio a la espera de que se abrieran una grandes puertas de hierro forjado que daban a los patios interiores y a los accesos secundarios. Los últimos rayos del sol venían casi horizontales desde el lado de la Casa de Campo, y aunque todos llevaban traje más o menos oscuro, tornasolaban con diversos colores al moverse como los peces en el acuario, de allí salía acaso el aspecto de cardumen que teníamos, llamando la atención de la gente que pasaba por Bailén, que volvían la cara a los reflejos de nuestras vestimentas. Claro, pensé, todos han hecho lo mismo que yo, comprar el traje más barato, los escritores son más pobres incluso que los periodistas, máxime en un país donde ya casi no se lee, unos años más y habrá más escritores que lectores.

Busqué las caras de los más famosos, a quienes había visto en la televisión, y la del premiado, al que conocía de vista, pero no aparecieron por ninguna parte. Acaso llegaran más tarde o ya hubiesen entrado por la puerta grande y se hallasen a esas horas en alguna salita privada platicando animadamente con el rey. Ellos eran los peces gordos, y los que esperábamos afuera gente de cardumen y tornasol. Y todos con la carta de invitación en el bolsillo, mirando de vez en cuando a través de las grandes puertas de hierro a la espera

de la aparición de los ujieres que viniesen a abrirlas, a la hora precisa prevista por el protocolo, cuando apenas faltaban unos minutos, el tiempo necesario para que acabase de ponerse el sol y con él los tornasoles de nuestros trajes de dudosa oscuridad.

El zapato que hacía ruido en las curvas era el izquierdo, pero ahora ruideaba, y ostensiblemente, mientras salvábamos en línea recta la distancia entre las puertas externas y las de acceso al edificio. Caminaba comprobando que los 800 zapatos de los escritores que iban conmigo eran silenciosos. A naides le importaba el ruido de los míos, pero yo sentía que todos me miraban al tiempo que decían: "mira, una oveja negra".

Si al aire libre, y entre esa tropa, se oía así, entonces en los salones mi zapato izquierdo sería un verdadero solista. Tenía que hallar una solución, y ya. Faltaban unos veinte metros escasos para llegar a las puertas donde nos aguardaban unos pajes que por sus atuendos parecían sumamente allegados a la realeza, y los crujidos del zapato aumentaban. Una vez adentro, seguro que empezaríamos a atravesar salones lujosos de pisos encerados hasta llegar al gran salón donde nos esperaba el rey en medio de un silencio espeluznante.

A mí la Virgen María siempre me salva en estos casos, y fue cuando atiné a caminar de otra manera, poniendo la punta de ese pie para otro lado. Con lo que el ruido, justo cuando entramos en el primer salón, desapareció como por encanto,

aunque claro, para que no volviese a aparecer tenía que renquear. Al atravesar otro salón lleno de cuadros famosos y relojes de oro que marcaban todos los tiempos, descansé de renquear y santo cielo, mi zapato no hizo ruido durante casi veinte pasos. De modo que todo era cuestión de ir alternando renqueo con ruido, según circunstancias y necesidades. Lo único que tenía que estudiar ahora, antes de llegar al trono, era cómo me convenía llegar, con ruido de zapatos o cojeando. Eso era lo más urgente, ya me las arreglaría para hacer las reverencias y encontrar las palabras adecuadas al dirigirme al monarca. Pero la cosa se aclaraba en cuanto uno se ponía a pensar un poquito en el asunto: se trataba de aprovechar los veinte pasos de tregua, tras un renqueo riguroso, para llegar hasta la real presencia. Si después al retirarme me veía obligado a renquear, eso era otro asunto que trataría a su debido tiempo. La noche se presentaba larga y el clima era de fiesta, al otro lado de la pared se oía tintinear las copas que manipulaban los camareros.

5

Por fin llegamos a un gran salón apenas separado por una puerta de la gran cámara donde nos esperaba el rey. Las luces eran fuertes, y además estaban los de la televisión con sus lámparas potentes, de modo que nuestros trajes empezaron a emitir destellos de diversos colores, salvo los de las escritoras, que eran largos y de colores claros pero discretitos. Me acerqué a una de ellas, "sonetista de cuidado" según la definió luego un crítico de humor ácido, y le pregunté por eso de los destellos de la ropa. Pero lo hice en realidad con la intención de entrar en confianza con alguien que me enseñara reverencias y palabras del español peninsular, cultas y adecuadas, por temor de que ante la presencia real, y llevado por mis emociones, le dijera al rey "hola negrazo" por ejemplo, uno es de ajuera e ignorante en cuestiones idiomáticas, en un recinto que sin duda estaba plagado de miembros de la Real Academia, especies de policías del idioma que nos reprimieron desde que éramos chiquitos.

Yo de trapos no entiendo, respondió la mujer, pero venir de traje oscuro tampoco es una exigencia. Mira, dijo señalando hacia un señor alto y rubio que gesticulaba junto a la puerta de acceso a la cámara real, vestido con un traje enteramente colorado; ése se viste como le viene en gana, mientras tú te preocupas por los reflejos de los trajes, que son simples juegos de la luz (la vena poética le afloró en la

última frase). ¿De qué país eres?

La pregunta hizo que mi traje oscuro perdiera una parte de su aplomo; uno trata de ser un español más si se puede o en todo caso pasar inadvertido, pero en cuanto abre la boca aparece esa pregunta y con ella la distancia del océano. De por ahí, le respondí apoderándome de un vaso de whisky que ofrecía un camarero, y ya no me animé a pedirle que me explicara lo de las reverencias. Me alejé haciéndome el distraído. No tenía necesidad de renquear, estaba en los 20 pasos de tregua, pero el zapato me estaba tragando el calcetín. Tuve que agacharme, lo más discretamente posible, para subírmelo. En ese salón sólo se podía caminar, beber copas y saludar después al rey; cualquier otro acto de la vida cotidiana, como agacharse o rascarse, estaba fuera de lugar. Ninguno advirtió el movimiento antiestético que hice para subirme el calcetín, salvo el grandote de traje colorado. Su presencia estridente se me estaba volviendo intolerable. Siempre me había ido bien en todo en la vida. Y ahora un traje oscuro y un zapato absurdo modificaban mis relaciones con la realidad. Que lo parió, dije utilizando una expresión corriente al otro lado del océano, al tiempo que, como todos los tornasolados, me servía otro vaso de whisky.

Deambulé por el salón tratando de entrar en conversación con alguien, pero no me miraban y todos formaban pequeños grupos hablando en voz muy baja, costumbre rarísima en este país. No me miraban ni cuando renqueaba ni cuando hacía ruido con el zapato. Las dos o tres veces que me detuve junto a un

corrillo, intentando incorporarme a la charla por ser América Latina el tema de la conversación, en cuanto advirtieron mi presencia me miraron por encima del hombro. Uno de ellos, alto y ceñudo, me miró como diciéndome "quita". Y pensé con rabia en la devoción con que yo leía allá en mi tierra a estos autores. Era como para desleerlos, pero claro, esos actos a veces necesarios no son posibles en esta realidad que es pura estridencia y carece de hondura. Desleerlos letra por letra o palabra por palabra, y que ellos se dieran cuenta y les doliera viendo que a medida que uno los desleía se les borraban los originales. Pero qué haces, chaval. Te estoy desleyendo para que otra vez no me digas "quita". Está bien, siendo así acércate y echa un párrafo con nosotros.

La mundanidad y las intrigas palaciegas que yo había leído eran invención de los escritores. Aquí estábamos todos aburridísimos, a la espera de que se abrieran las puertas del otro salón donde estaba el rey, y no había ni duques intrigantes ni condesas en apuros ni cámaras secretas con doncellas apetitosas. Y la presencia de un sudaca no premiado no le importaba a naides. Entonces me tomé otro vaso de whisky, y ya iban tres, a ver si con el alcohol conseguía distraerme un poco de la realidad, incluyendo el zapato que además de hacer ruido me chupaba el calcetín a la vista de tantos testigos, del Parnaso español en pleno, a la vista de cinco siglos de andadura y del hombre de traje colorado.

Cuando abrieron las puertas que daban al salón donde nos esperaba el rey los corrillos se deshicieron y todos

convergimos en una larga cola. A mí me tocó ponerme justo detrás del hombre de colorado, cuyas anchas espaldas no me dejaban ver hacia el interior del salón; parecía que todos los que estaban detrás de mí ya podían ver al rey, salvo yo, a causa de esa mole, y hasta donde me moviera, a izquierda y derecha, sin apartarme tanto de mi sitio como para perderlo, siempre estaban las espaldas coloradas del gigante.

Cuando yo era niño mis tíos a veces me llevaban a la plaza donde daban espectáculos públicos de magia, ilusionismo y finalmente drama en cinco actos. Siempre estábamos de pie y ellos por su estatura podían ver el espectáculo pero yo, de la mano de uno de ellos y mirando las piedritas del suelo para no aburrirme del todo, no me enteraba de nada. Entonces ellos, a veces, me contaban lo que sucedía en el escenario, bueno, en estos momentos el mago está sacando tres palomas de su galera, qué bonitas, si vuelan las podrás ver pasar sobre nuestras cabezas. Pero las palomas no volaban, eran de ilusión, y yo me quedaba con la cara para arriba mirando las primeras estrellas que aparecían en el cielo. Y a ninguno de ellos se le ocurrió jamás alzarme un poco como para que yo viera siquiera el escenario.

Entonces le pregunté al que estaba detrás de mí si él ya podía ver al rey en el salón de al lado. Se corrió un poquito a la derecha (también a él le tapaba la visión el susodicho) y me dijo que sí, Su Majestad ya estaba saludando a los primeros escritores. Según se moviera el de colorado al cansarse de un pie para apoyarse en el otro, el escritor de

atrás movía su cabeza a la izquierda o a la derecha y me hacía una descripción perfecta de lo que veía.

El monarca estaba de paisano, como casi siempre, de pie en el centro del salón, a la derecha (la del espectador, aclaró, se ve que era dramaturgo), junto a la reina y a las dos princesas. Simplemente les daba la mano a cada uno según fueran llegando, los escritores lo saludaban durante el tiempo que dura un apretón de manos convencional y el flash de los no menos de cien fotógrafos que había, luego hacían lo mismo con la reina y finalmente con las princesas, y sin hacer mutis se retiraban a un costado muy discretos, a ver el resto del espectáculo. ¿Y eso era todo? ¿No hablaban? Tú calcula, si el rey hablara solamente un minuto con cada uno de nosotros, somos cuatrocientos, echa las cuentas, hijo. Y si hubieran venido los que no lo han hecho por ser republicanos o porque no tienen traje oscuro, entonces el próximo cumpleaños de Cervantes nos cogía todavía aquí.

Se le movieron los bigotitos finos al sonreír cuando le pregunté por el asunto de las reverencias. Tú tranquilo, me dijo; si te sale, bien; y si no, no pasa nada. Puedes inclinar la cabeza, nada más. Se suelen doblar un poco las rodillas, pero bueno, en algunos la reverencia funciona y es bonita, en otros no. En la comedia que estoy escribiendo tengo un personaje que al saludar al rey es un verdadero artista trazando en el aire fantásticos dibujos con su sombrero de plumas de colores al tiempo que se inclina. Es una obra muy bonita, todavía sin título. Le pregunté cómo se

llamaba él. Manolo, luego te doy mis señas. Y avanzamos unos pasos en la cola, poniéndonos bastante cerca de la puerta.

Ante mi vista, por encima de los hombros del grandote, apareció una parte del salón contiguo, unos vitrales con escenas del descubrimiento de América, sus selvas, sus animales, entre ellos un mono muy gracioso que más que dibujo parecía estar, vivo, colgado del ventanal.

6

Al parecer, el rey dedicaba unos pocos segundos (siete, aclaró Manolo) a cada escritor, mirándolo a los ojos mientras estrechaba su mano. Imposible decirle algo en tan poco tiempo, aparte las palabras de saludo. Como los tres deseos a emitir durante el paso de una estrella fugaz. Cuando pasan por el cielo uno no tiene preparado los deseos, de modo que al querer empezar a pensar en el primero de ellos la estrella ya ha desaparecido. Siempre y cuando uno haya estado mirando para arriba, porque la mayoría de las estrellas fugaces pasan sobre nosotros sin que las miremos, máxime aquí en Madrid, donde las llamadas fugaces no existen porque ni siquiera hay de las otras, ya se sabe que la polución es insaciable.

Deseos para manifestárselos al rey, bueno, muchísimos, tantos como estrellas fugaces si hubiera tenido que contar los de los antepasados que uno ha heredado y lleva adentro, los sudacas al nacer ya venimos al mundo con cinco siglos de memoria. Pero los míos eran más recientes. Y de todos ellos me hubiera quedado con uno solo, porque el paso de la estrella no daba para más: que cayera un asqueroso dictador de apellido francés que por entonces todavía gobernaba en Chile. No le iba a hablar al rey de una guerra concreta, ya se me alcanzaba que declararle la guerra a Chile no tenía sentido. Pero habría seguro otros mecanismos. Nuestros dictadores han sido siempre de naturaleza casi metafísica,

que es como decir eterna. El rey, a quien yo dentro de nada estrecharía la mano y a quien miraría en lo profundo de los ojos, venía de ancestros que arrancaban desde el comienzo de los tiempos, o sea que el rey dominaba de alguna manera al tiempo, que era justamente donde estaba instalado el dictador de naturaleza metafísica. Y si el rey me decía sí, pero cómo, entonces yo le proponía que le mandase las carabelas. Las del descubrimiento, claro, pero bien armadas. Entonces el rey lo piensa brevemente, la decisión es difícil, y cuando empiezo a perder las esperanzas él, en el último tramo del recorrido de la estrella, me dice simplemente "vale" y da la orden de partir. Y ya se oyen los gritos jubilosos de la marinería.

Las tres carabelas, esta vez *La Niña* como nave capitana, como están en el tiempo no tienen horas ni edades, ellas pueden estar en todas partes simultáneamente, se lanzan al océano por el puro placer de navegar; y una madrugada clara, tras un cruce feliz del estrecho del amigo Magallanes, sus velas, henchidas de viento frío, aparecen en el horizonte sur del océano Pacífico, con la proa y seis cañones por banda apuntando hacia Santiago.

Allí la impaciencia libertadora de los marineros puede más que el placer de navegar que traen las naos tras cinco siglos de anclaje, y el trayecto que debía llevar varios días es recorrido en menos tiempo de lo que una estrella de las llamadas fugaces tarda en desaparecer. Los radares no han podido decir nada y las naves están a distancia de tiro de la capital chilena, unos cañones apuntan a la Casa de la Moneda,

otros directamente al corazón del dictador.

Para el cual el asunto se agrava, porque cree ver en las carabelas el barco fantasma llamado Caleuche en las antiguas mitologías indias, tripulado por brujos, todos cojos de la pierna izquierda, que navega sólo de noche con todas sus luces encendidas y de su cubierta se levanta una música agorera con coros de ultratumba.

Esto lo atemoriza mucho y pide ayuda por teléfono. Los satélites espías consiguen detectar las carabelas e informan a los militares, que alertan a sus naves de guerra y ordenan zafarrancho de combate. Torpedos y misiles dan contra las arboladuras, los palos de mesana, las quillas y las cofas, pero nada, las naves, intactas, empiezan a navegar hacia la costa. Desesperados, envían mensajes por radio diciendo que quieren negociar, pero los marineros no entienden el castellano actual, y mucho menos el de Chile. Cuando los libertadores están a punto de desembarcar, los guardacostas consiguen entenderse por señas y pasan un mensaje diciendo que el gobierno protestará formalmente ante la Corona de España por ese atropello increíble a la soberanía, etc.; que consulten a su rey antes de atacar la ciudad, podría haber un cambio de orden. Los marineros españoles, también por señas, les responden que no pueden efectuar esa consulta porque el rey a quien obedecen murió hace varios siglos, de modo que la acción que van a emprender, ya mismo, es irreversible.

Acorralados, los esbirros del dictador disparan contra la Santa María, la Niña y el Caleuche toda su capacidad de

fuego, el cielo se enrojece sobre el Pacífico en varios kilómetros a la redonda. Pero los proyectiles, aunque dan en el blanco, pasan de largo y se pierden en el mar porque las carabelas son de humo, son de tiempo y están por encima de la precaria realidad defendida por el pequeño dictador. Este, que ha escuchado y visto todo por sus aparatos de televisión, y comprendiendo que ya nada puede hacer, se degrada a sí mismo, se arranca todas las medallas y las charreteras, tira la capa al suelo y la gorra al centro del mar, se rinde incondicionalmente y huye hacia el norte interminable por el desierto de Atacama en dirección al olvido más seguro.

A todo esto la cola se había movido, el de colorado estaba dos metros adelante. Cuando empecé a avanzar, viendo que el zapato estaba por cruzar, lo hice renqueando lo mejor que pude hasta salvar la distancia. El escritor de atrás, viendo cómo caminaba, me preguntó si me pasaba algo; nada, le dije, unas carabelas que andan por ahí. El no comprendió pero sonrió como si comprendiese y se alegrase por la caída del dictador.

En la pausa las carabelas, engolosinadas con la huida del tirano chileno, se habían desmadrado y remontaban las aguas del río Paraná. Pero cómo, ¿vais a derrocar también al dictador del Paraguay? Los marineros, en cubierta y a pleno sol, las camisas infladas por brisas brasileñas, nada respondieron pero sonreían dando a entender que sí lo harían, mientras navegaban por un sitio que la historia llamada real les negó, y remontar el Paraná era para esas carabelas,

encarceladas en los libros escolares y en los museos de la memoria, el fuerte placer de lo prohibido. Las aguas bajaban más barrosas que de ordinario a causa de una crecida, arrastrando objetos y animales de la selva. Los navegantes desde el castillete de proa vieron pasar un tigre girando en una enorme flor llamada irupé, arrancada al continente, que fue a parar a Buenos Aires; frente a los rascacielos el tigre giratorio bufaba lamentando su suerte. Después sobre otra flor similar pasó aguas abajo una indiecita desnuda cubriéndose con sus largos cabellos. Personajes de Horacio Quiroga iban a la deriva tratando de mantener a flote sus canoas de guatambú, junto a los condenados de una dictadura anterior, que teniendo el río por cárcel no podían arrimarse a las orillas. Unos condenados que, según avanzaban las carabelas, quedaban en libertad y arrimándose al continente besaban sus terrones. Y lo más hermoso fue que, antes de la llegada de los barcos milagrosos a Asunción, se vio venir boyante al general dictador, arrastrado por la crecida, sin gorra ni charreteras, buscando en las orillas puertas de embajadas donde protegerse de la venganza de los oprimidos.

Quedaban muchas tareas parecidas que las carabelas estaban dispuestas a llevar a cabo, pero no había tiempo para más, porque según Manolo el rey te mira fijo unos siete segundos, diez a lo sumo, y enseguida parpadea, con lo cual la estrella fugaz a la que encomendaste tus deseos desaparece en la oscuridad de la noche.

Al llegar a la puerta que daba a la cámara real, los escritores iban pasando de diez en diez, los demás nos quedábamos junto al umbral para no producir aglomeraciones alrededor del monarca. Yo era justamente el décimo de los que esperábamos entrar, pero no lo hice, dejé pasar al gordo de colorado para que se me ampliara por fin el horizonte. Al advertir mi actitud se volvió y me dijo, mitad en inglés mitad en mal castellano, que a mí también me tocaba. Le respondí negativamente con un "no" de dedo y me entregué a la contemplación de los vitrales que antes había visto en parte, el mono de colores vivos en lo alto del ventanal y allá abajo el mar con las carabelas relucientes, a las que hice un guiño de complicidad y agradecimiento, la playa y en ella Cristóbal Colón junto a un indio que besaba una cruz y a otro en actitud beatífica que acaso estuviese rezando un padrenuestro.

El rey y su familia, menos el príncipe, fueron enteramente visibles para mí; abrí grandes los ojos para que se fijara mejor en el cerebro esa escena que por vía de palabras entraría años después en la memoria tierna de mis nietos incrédulos, en el interminable agosto lleno de vientos invernales junto a un fuego de leñas me preguntarían cómo era el rey que personalmente vi en España, y yo empezaría diciendo pues bien, no es cosa de sueños ni de cuentos, se trataba del propio rey de España en carne y hueso.

Ahora podía estudiar detenidamente cada reverencia, las mujeres eran las más graciosas con esa inclinación y movimiento de cabellos, los hombres lo hacían dignamente como el personaje de la comedia del escritor de atrás, cuya sugerencia de no hacer reverencia alguna comprendía ahora; yo nunca hubiera sido capaz de moverme con esa gracia ni inclinarme sin prejuicios, aunque no me hicieran ruido los zapatos ni tuviera que renquear. Unas molestias que para mí eran importantes o significativas pero que en esos ámbitos, llenos de gloria actual y de esplendor antiguo, no interesaban a nadie. En la obra de Manolo había condesas que eran cojas y sin embargo atravesaban dignamente las grandes salas como si en vez de renquear estuviesen bailando una gavota. Tú no te preocupes por el ruido de tu zapato o por tu calcetín, me dijo Manolo, el rey sabe comprender todo eso y mucho más, y aquí, ya ves, nadie te ha preguntado nada y a mí además me resulta agradable tu presencia y tu manera de hablar. Posítivate, hombre, y avanza decidido hacia el rey cuando te toque el turno, como si fueras un españolito más. Si eres escritor, como supongo, o sea un marginado más en cualquier país del mundo, aquí entre nosotros nos entenderemos. Y me alegra que te hayas liberado de la proximidad de ese energúmeno del embajador. Qué embajador, le digo. El de colorado, el embajador de Estados Unidos.

Según Manolo, el gordo venía todos los años, quizá por razones de protocolo, o en representación de los escritores de su país que vivieron aquí, como Hemingway por ejemplo; o

quizá él mismo escribiese, sonetos o algo así ¿verdad? O acaso viniese para ofrecer ayuda a los escritores, un plan de reconversión para que escriban libros de éxito y sean todos prósperos y ricos, una especie de Mister Marshall para los intelectuales por qué no.

La comedia (o drama, todavía no lo sabía bien) que estaba escribiendo trataba justamente de la marginación de los escritores de todos los siglos y se desarrollaba precisamente en ese palacio, por eso mi visita es más de observador que de partícipe, y puedes estar seguro de que ese gordo aparecerá en mi obra. Se le hace todos los años un homenaje a Cervantes, entregándole un premio suculento a un escritor que casi siempre es suramericano y tú perdona, e invitándonos a nosotros a compartir una copa y unos momentos con el rey. Lo cual me parece estupendo, pero Cervantes si viviera no podría venir porque no tendría para comprarse un traje oscuro, como lo digo en mi obra, ya verás; aquí mismo en este palacio, en un sótano, según mi drama, que es un poco una historia de fantasmas, están los espíritus de los escritores de todos los tiempos, condenados al olvido por la insensibilidad del poder ante la realidad del espíritu; ya verás; los escritores que con sus palabras y sus ritmos llevaron el espíritu de España a todos los países del mundo, que jamás fueron invitados a tomarse una copa con el rey ni tuvieron traje oscuro. Y nosotros, que somos sus continuadores y los herederos espirituales de Cervantes, no tenemos seguridad social, es decir, ni asistencia médica ni

nada, y para poder venir aquí con traje oscuro muchos hemos tenido que teñirlo. Pero ya verás, te haré leer la obra cuando la acabe, es muy bonita.

El embajador ya estaba aproximándose al rey, o sea que enseguida nos tocaría a nosotros. Manolo, por favor, le dije, mira si lo hago bien, y ensayé una reverencia. Aunque no fuese necesario que la hiciera y bastase con darle la mano, yo quería incorporar esa pirueta a mis recuerdos para contársela a mis nietos; una pirueta, si fuera posible, tan elegante como la del personaje que dibuja en el aire con su gorro de plumas de colores.

Mira, me dijo Manolo avanzando conmigo hacia el rey, tú ponte al lado del gordo y observa bien lo que él haga; así como no le preocupa vestir de colorado tampoco le importan las formalidades. Después de todo tú también eres de América, aunque de la parte deprimida, y cualquier saludo que hagas estará bien.

El gordo al darle la mano hizo una serie de movimientos innecesarios aunque sin duda útiles para su gordura y sus propósitos, y de tal modo le agitaba la mano al monarca sin soltársela que aquello parecía una contienda deportiva. Estuvo perorando como cinco minutos, y en ningún momento habló de sonetos ni de reconversión de escritores. El objeto de su visita era muy claro: pedirle al rey que tuviera mucho cuidado con los sudamericanos refugiados, todos ellos delincuentes subversivos. Y que por nada del mundo accediese a enviar carabelas a ningún país del Cono Sur, según se había

enterado últimamente gracias a los informes de los servicios de inteligencia de su país, de los que él mismo formaba parte. "Alguien se lo pedirá hoy mismo", le dijo en voz baja, y el conjunto de movimientos y palabras creó en el aire, como los dibujos del sombrero de plumas, un enorme hueco de informalidad y falta de respeto a la cultura europea, que quedó latente cuando el embajador se retiró hacia un costado como todo el mundo, circunstancia que aproveché para meterme dentro de ese hueco de informalidad todavía viva y decirle al monarca, perplejo por la conducta del embajador, algo así como "hola majestad, el gusto es mío", sin ningún protocolo. La irreverencia del embajador había sido mucha, porque los restos que utilicé para salir del trance me alcanzaron todavía para saludar a la reina y a las dos princesas, que al sonreirme a mí estaban, sin saberlo, sonriéndole a mis nietos, que todavía no habían nacido. Y me alejé normalmente hacia un costado del salón, con un poco de ruido en el zapato y el calcetín chupado, pero esas circunstancias ya no me preocupaban.

La reverencia de Manolo, impecable y brevísima, restableció el orden alterado por los saludos informales; y en el palacio, que según el drama de mi amigo era una gigantesca carabela anclada en el mar del tiempo, los cinco siglos momentáneamente interrumpidos siguieron transcurriendo, con sus sótanos llenos de escritores olvidados, hacia un destino hispánico e incierto como todos los destinos.

Nos ubicamos en un costado, bajo el ventanal con las carabelas y el mono llamativo, a la espera de que acabasen los saludos y empezaran las vituallas, cuyo aroma se introducía en la sala cada vez que un camarero o un bedel abrían unas puertas del fondo. Manolo a cada rato sacaba de su bolsillo una libreta y anotaba detalles para su drama o comedia, sin dejar de hacer comentarios sobre los escritores que conocía, es decir, casi todos. Yo solamente pude identificar a Francisco Ayala, amigo de los sudacas, a mi querido Manuel Andújar y a Rosa Chacel, mientras más vieja más hermosa. Manolo me señaló todo un lote de poetas, la mayoría inéditos a causa de la dictadura de los editores. Eran bardos que no se habían modernizado, que seguían escribiendo versos rimados y parecían huidos de *Las zahúrdas de Plutón*, donde Quevedo los condenó por usar la rima consonante. Ese que ves ahí, cuyo traje a duras penas llega a ser oscuro, es el más prolífico de todos en el asunto de las rimas. Le conozco un poema donde rima "conspicuo" con "perspicuo", como en la Edad Media.

Delante del conspicuo iba Francisco Ayala, despistado, inventó Manolo, por no haber podido reconocer inmediatamente el lugar donde se encontraba. Llevaba más de treinta años en Argentina soñando venir un día a España para darle la mano al rey, como el personaje de su cuento *El hechizado*, y eso estaba por hacer pero un poco contra su voluntad, porque de

bien que estaba en Buenos Aires salió a pasear, se metió en la Galería Pacífico y a la salida de la misma se dio con que ya no estaba en aquella ciudad sino en el palacio de Oriente de Madrid, a punto de ver cumplirse el sueño de su personaje el Indio González Lobo: cruzar una mirada y un apretón de manos con el rey.

Que fue lo que le pasó en la realidad a Francisco Ayala, o ambos planos se le mezclaron, porque justo cuando extendió la mano hacia el rey, éste, en vez de mirarlo, desvió los ojos hacia el mono de lo alto del ventanal (que pareció moverse debido a un juego de luces), el bicho absorbió los siete segundos de su mirada, y cuando Ayala acordó el rey ya le estaba dando la mano al perspicuo y brindándole siete segundos de mirada divertida. Es genial, dijo Manolo, acaso lo ponga en la obra.

9

Llevado por el deseo de más realidad, la que se oculta, y ayudado por el alcohol, le dije a Manolo que me esperara un poco, ya volvería, y bajé muy decidido, por escaleras poco a poco oscuras, hacia los sótanos del tiempo cuya existencia virtual él me había revelado, llevándome una copa de vino. En realidad lo que quería hacer, guiado por un deseo de asistencia al desvalido que heredé de mis ancestros indios, era llevarles un poco de la alegría de la fiesta a esos miserables condenados al olvido, que no figuran ni siquiera en las antologías.

Tenía razón Manolo, el palacio era una inmensa carabela, anclada en el tiempo, que es de naturaleza marítima. Dentro de la nave estaban los espíritus de los escritores que ya naides recuerda, Pacos o Manolos sin apellido que acaso aparezcan en el gran salón cuando acabe la fiesta para devorar los residuos y beberse las gotas de alcohol que quedan en el fondo de las copas, o que se asomarán al mundo aprovechando los ojos de los retratos colgados en la pared, desde donde mirarán disimuladamente hacia este lado del tiempo, para distraerse de las aburridas y obviamente interminables tardes de la eternidad. Los Pacos y Manolos que con miles de cuartillas y millones de instancias métricas y rítmicas, durante siglos vistieron de palabras a la península y la pasearon por el mundo. Especies de escritores

"residentes", fantasmas que aparecen en las grandes salas cuando los bedeles apagan las luces de las mil habitaciones del palacio, y se pasean por ellas intercambiando recuerdos literarios y rimas de otros tiempos, como "conspicuo" y "perspicuo" por ejemplo.

El palacio termina en un largo corredor, especie de túnel cuyo extremo da acceso a las caballerizas. Uno de sus muros es cimiento y el otro, cuidadosamente blanqueado, suena a hueco cuando se lo golpea, no tiene puertas ni ventanas y da a los diversos sótanos del edificio. Lo empecé a recorrer dando golpes de tanto en tanto y pegando la oreja a ver si obtenía alguna respuesta. A veces había que subir escaleras (con lo que la claridad de la luz de los jardines que se filtraba por el extremo del hueco desaparecía), a veces bajar dos o tres niveles, de modo que al final yo no sabía adónde estaba, ni si los muros, como los iniciales, daban a los sótanos, o si por lo contrario lindaban con las grandes salas, en una de éstas con el salón donde la fiesta continuaba, seguramente habían llegado unas orquestas de Viena y bajo las suntuosas arañas bailaban el vals las parejas más conspicuas. Pero pegaba la oreja contra la pared y apenas se percibía como un viento que corriese encerrado, y los zumbidos del oído; nada que se pareciese a una música de fiesta, a las zahúrdas plutonianas de Quevedo o a las cavernas punitivas de la obra de teatro de Manolo.

Todo estaba tranquilo y no había ningún motivo de temor, hasta que por el centro del tubo oscuro pasaron unas aves

súbitas de vuelo muy ruidoso, en busca de la salida. A mí no me gustan las aves, ni siquiera en la comida. Son reptiles disfrazados. Ni siquiera esos pollos a los que llamamos pájaros. Ya dije que soy religioso y creo en la Virgen. Se ve que por el asunto de las aves me entró un poco de miedo - aunque yo no le tema a nada-, porque su nombre se me vino a la boca y me encomendé a ella. No puedo describir las aves porque no las vi, debido a la oscuridad, sólo escuché sus aleteos, y cuando salieron por el fondo del túnel apenas pude ver sus contornos negros, a contraluz de la iluminación de los jardines y de las caballerizas. Acaso el temor me vino porque esos pajarracos me hicieron acordar de las lechuzas, bichos que en mi tierra tienen una relación muy estrecha con las historias de desaparecidos que los mayores nos contaban a los niños para amargarnos la existencia.

El sótano de Manolo estaba a poca distancia de la boca de salida. La pared que daba al túnel era mitad cimiento mitad muro, allí pegué la oreja y escuché los murmullos que venían de adentro. No eran clamores ni nada de eso con que suelen describirse los infiernos. Eran conversaciones normales matizadas con largas carcajadas. No podía entender lo que decían, pero los timbres eran de voces como humanas, en español, y las había de hombres y mujeres.

Hallé que el hecho era perfectamente normal, no tuve miedo ni necesidad de volver a encomendarme a la Virgen milagrosa. Un profesor que tuve en la Escuela de Periodismo nos contó que durante siglos se creyó que las descripciones

homéricas de la ciudad de Troya eran inventos suyos, hasta que cavaron y comprobaron que todo era cierto, incluso detalles tan nimios como el mobiliario. La realidad que crean los artistas, decía, tiene tanto valor como la otra. O sea que si uno hacía una interpretación libre de esa información, dentro de unos siglos los excavadores se darían conque el infierno de escritores inventado por Manolo no sé cuánto existía en la realidad y lo visitarían los turistas de todo el mundo. Sólo que mi amigo todavía no había terminado la obra, apenas la había pensado, y sin embargo ya existía. Qué maravilla, dije, di varios golpes en la pared y me quedé muy quieto, apenas respirando, a la espera de una respuesta.

Los murmullos que había oído antes desaparecieron en cuanto di los golpes, como si los de adentro al escucharlos se hubiesen asustado y enmudecido. Pegué la oreja y nada, ni siquiera rumor de viento encerrado, ni zumbido de oídos. Salvo un ruido breve y seco como de algo que cayera al suelo por descuido, una cuchara o algo así, pero podía venir de cualquier otra parte del edificio. Entonces escuché tres golpes espaciados, que tenían el mismo timbre de las voces oídas antes, y que venían desde *adentro*, junto con los murmullos que ya había escuchado.

De pronto descubrí la enorme importancia de la copa de vino, bebido a medias, que había llevado hasta allí. Apuré el resto y apoyando su pie de cristal puro contra la pared puse mi oído en la boca de su concavidad y del otro lado llegó con tremenda nitidez una mezcla de risas y voces alteradas, con

una música bastante estridente, como si se tratase de una fiesta. Una música extraña, donde se oían muy mezcladas guzlas, tiorbas y zampoñas, alguna lira poco audible, y a modo de percusión de fondo unas zambombas que enrarecían más la cosa dándole al conjunto un aire de "salsa", pero de salsa medieval, o intemporal, quiero decir, válida para todos los siglos. Y deduje: estos no pueden ser otros que los poetas condenados por Quevedo a causa del abuso de la ley del consonante. Y al parecer no se lo están pasando tan mal en las zahúrdas de Plutón.

Para probar si mi deducción era correcta, formando con las manos apoyadas en la pared una especie de bocina, dije "fruta" nítidamente y separando las sílabas; y se ve que estaba en lo cierto porque nada más apoyar la copa a la espera de voces oí que de adentro respondían "puta" con toda claridad. Para corroborarlo, y siguiendo con una palabra de un terceto citado por Quevedo, dije "embudo"; enseguida oí que el vaso/audífono se llenaba con la palabra "cornudo" que vino del otro lado. Con razón los condenan, razoné, pese a los siglos transcurridos no pueden salir todavía de sus sonsonetes. "Perspicuo", dije luego con todas las malas intenciones del mundo, y casi en el acto recibí un "conspicuo" que advertí sumamente irónico a pesar de la deformación que sufrían las voces a través de la pared y al entrar en los mecanismos acústicos de la copa. Hablaban articulando exageradamente, como los cantantes cuando dicen esos textos que suele haber en la música del siglo XX, mitad

voz y mitad grito.

En ese juego gastamos casi todas nuestras energías, pero con un resto saludable de credulidad pudimos entablar un diálogo final en el que me comprometí a gestionar ante el rey un traslado de todos a un sótano de más arriba, servicio de agua caliente, bebidas alcohólicas, un diccionario de la rima actualizado y, sin ningún tipo de complejo, por parte de ellos, claro, "mujeres de afuera". Vaya "olvido" el que viven, me dije abandonando la pared en busca de la salida.

10

Dejé la copa al pie de una estatuilla. Cuando estaba llegando a las caballerizas me pareció que no era ni de día ni de noche, debido sin duda a que la luz de los focos, débil de por sí, se perdía en unos follajes extremadamente silenciosos, no se movía ni una sola hoja pese a la brisa fresquita que venía del lado del Guadarrama. Unos caballos que había en los pesebres en cuanto me vieron quedaron como inmovilizados, al tiempo que la brisa se detenía de golpe como si hubiesen cerrado el espacio. Me dieron ganas de volver al salón, a las luces, a conversar con Manolo, a contarle lo sucedido para que lo pusiese en su obra, pero los pasos que di para hacerlo me llevaron en dirección contraria, hacia la base de una columna rota donde estaba sentado un hombre entrado en años que hacía rayas en el suelo con la punta de un dedo. Alzó la cabeza cuando me acerqué y me miró sin curiosidad. Aunque no llevaba gola como en los retratos conocidos, e iba vestido de paisano con un pantalón y una blusa descolorida, estaba más que claro que se trataba de Cervantes.

-Sí, soy yo -me dijo adivinando mis percepciones. Era la primera vez que conseguía venir a España para su cumpleaños. Vivía en el centro de una ciudad redonda rodeada de carreteras que salían en forma de rayos de estrella, cada una correspondía a un país y a un tiempo diferente, pero como no

tenían letreros indicativos él se equivocaba y siempre para este día aparecía en otro país y en otro siglo. Ahora por fin había acertado.

No sé lo que tartamudeé, no era capaz de decir nada. Su voz, que no tenía nada que ver con la que les había oído a los del sótano, me llegó un tanto ansiosa:

-¿Me leen?

-Todo el planeta.

-¿Los Trabajos de Persiles?

-No. El Quijote.

-Ya.

Agachó la cabeza y siguió trazando rayas en el suelo. Yo no sabía qué decir ni hacer, sintiendo más que nunca que no era ni de día ni de noche. Al rato alzó la cabeza y me miró como antes, sin curiosidad. Los rasgos de su cara se modificaron lentamente, con fuerzas que venían desde su adentro, hasta convertirse en una sonrisa que nunca jamás han tenido ni tendrán sus retratos.

Como pude le pregunté por qué se quedaba en las caballerizas y no se presentaba en el palacio.

-Hombre, porque no tengo traje oscuro.

* * *

Oviedo, abril de 1992

